

Rie Orduña al contestar.

¡Cá, no señor! Yo estudiaba para ingeniero de caminos y un buen día anuncié a mi padre mi propósito firme de dejar los libros por el teatro. ¡Si usted supiera la que se armó..! No hubo tiros de milagro... ¿Un cigarro...?

Aceptamos. Y, al ir a dejar la apagada cerilla en el cenicero de sobre la mesa, esparcidas en ella muchas cartas, atraen nuestra atención. Orduña ha notado nuestro gesto de asombro y nada dice.

—¿Recibe usted mucha correspondencia?

—Sí, bastante.

—Peticiónnes de fotografías...

Duda, sonriendo, sin atreverse a hablar; pero a nuestra insistencia, dice:

—Sí. A raíz de estrenarse «Boy» dediqué lo menos setecientas. Ahora, después de «Vencedores» ya llevo otras pocas..

—No se puede ser célebre, amigo Orduña...

—¡No, no es eso!—protesta rápido, con sincera modestia.—Es, lisa y llanamente, una compensación: por cada enemigo que pretende amargarme, una mujercita me endulza la existencia.

—¿Qué actores prefiere usted?

—¿Españoles...? Josefina Tapias y la «Romerito» y Manolo González. Extranjeros, muchos. Pero sobre todos, el incomparable, el único: «Charlot». De ellas, la Talmadge, Mae Murray...

—¿Y Raquel Meller?

—Me gusta mucho en «Violetas imperiales». Luego me ha defraudado. Sobre todo en «Carmen». Ahí está Raquel vieja y fea... y mal, muy mal. Realmente, la película, en conjunto, no vale nada

—¿Qué defectos le encuentra a nuestra producción?

—Meses antes, le hubiera dicho que dos: la fotografía y la dirección artística. Ahora solo la flojedad de ésta constituye nuestro grave inconveniente. En mi viaje de visita a los estudios parisinos y de Berlín se ha agrandado considerablemente a mis ojos este defecto nuestro. Y, a medida que veo películas, más. Porque añade en brusca transición—lo único que me interesa ahora es el cine: a él voy todos los días. La música—alguna zarzuela, un concierto—me hace faltar a mi afición predilecta. La música, o un automóvil. ¡Eso de devorar kilómetros en una buena carretera...!

Ni una frase vanidosa, ni un gesto frío, ni una palabra indiferente en toda la charla. Sincero, correcto, simpático Juan de Orduña.

A sus detractores, a los honrados y nobles señores que a desprestigiarle se dedican, envío estas líneas, muy respetuosamente.

GUSTAVO DEL BARCO Y CABEZAS

Madrid-Febrero-1927.

(Prohibida la reproducción.)